



EL NAUTILUS / MANUEL HIDALGO

Chesterton

A mi padre, que no dedicó un tiempo significativo a la lectura, sólo le oí hablar con reiteración de tres libros a lo largo de su vida. Uno, *La venganza de Don Mendo*, que se sabía de memoria y siempre llevaba en sus maletas de viaje; dos, *Cartas de mi molino*, de **Alphonse Daudet**, que leyó en su juventud y le causó un gran impacto, y, tres, *El hombre que fue jueves*, que guardaba en su restringida y, tal vez, selectiva biblioteca.

El hombre que fue jueves resultó ser, por esta circunstancia, el primer libro del sobrea-bundante, desastrado, polémico, provocador e inteligentísimo escritor inglés **Gilbert Keith Chesterton** que yo leí en mi adolescencia, conectando de inmediato con su sutil e irónico humor, cien por cien británico, que gusta de amagar la pedantería para disolverla en sentido común y que cuaja en frases siempre dignas de ser citadas —**Wilde, Shaw, Coward**—, de las que nunca se acaba de saber si responden a las ideas del escritor o al puro gusto de cincelarlas con ingenio.

Acabo de leer su recién aparecida *Autobiografía (El Acanalado)*, libro delicioso del que, sin embargo, quiero empezar por señalar sus defectos, que los tiene. Por más que el autor asegure estar fabricando un relato y no un ensayo, el libro no cuenta demasiadas cosas y pasa muy deprisa por casi todo. A cambio, está lleno de opiniones, leves y volátiles unas, demasiado troqueladas o insistentes, otras. Llevado por su estricta conciencia moral y política, Chesterton desestructura mucho su relato al dedicar excesivo espacio en la tercera parte del libro —al menos, para el lector español actual— a episodios y personajes de la política y del periodismo del momento. El autor se extiende, por ejemplo, con el llamado caso **Marconi**, llevado por su noble afán de arremeter contra la corrupción del poder y de los partidos, desequilibrando, ya digo, no sólo la estructura del libro, sino el tono, ya que para hablar de tal asunto —y de algún otro que, al parecer, no se presta a bromas—, abandona su pim-

pante y deslizante humor y se pone serio.

Dicho esto, todo lo demás es una fiesta de la agudeza, nunca exenta, como desea el autor, de sensatez y pertinencia, que reclama poder hablar con gracia y ligereza de los más sesudos y trascendentales temas. Así eran su estilo y su mentalidad.

Chesterton, que encontró en el catolicismo más canónico y romano, no sólo una forma de vida, sino un método de zaherir y llevar la contraria al anglicanismo circundante, no duda en seguir metiendo el dedo en cuantos ojos se le ponen por delante con la condición de que esos ojos contengan el criterio de las mayorías: defiende a la sociedad victoriana, ensalza a los clérigos católicos y arremete contra pesimistas, escépticos, pacifistas, feministas, internacionalistas e imperialistas. Sus posiciones estrictamente políticas no son muy fáciles de detectar, pues pasó por casi todos los colores, según le pareciera en cada momento, desde una independencia insoportable y beligerante, que la razón o la decencia estaban aquí o allá en tal o cual encrucijada.

A pocos escritores se le pueden pasar por alto, como a Chesterton, ciertas opiniones trufadas de terco y autoafirmativo conservadurismo, y esto sucede porque Chesterton todo lo dice con humor y, a la postre, con bonhomía y benevolencia de cascarrabias. Y, salvo cuando cree estar ante un infame o un estúpido, con afecto y hasta admiración por el adversario. Esto no quita un ápice para que una soportable dosis de veneno impregne sus dardos en el mismo trapo que quita hierro a sus puntas.

Es imposible no gozar con sus observaciones y puntualizaciones siempre traviesas y sugerentes sobre casi todo, el auténtico festín de un libro escrito con prosa tan juguetona como firme y, a ratos, incluso lírica. Cualquiera hubiera deseado que hablara más de **James, Wells, Yeats, Barrie** o **Shaw**, pero el maestro, también en esto, tenía su particular criterio sobre la economía y la equitatividad de lo importante.